



PARA QUE SEPAN QUE EXISTIMOS

Por Santiago Farías

sucede en lugares donde han operado sistemas políticos de colonización—como es el caso de Canadá—, lo usual es montar siempre las mismas obras, de los mismos autores, sobre los mismos temas. A pesar de esto, al llegar con obras de autores de los cuales nunca habían escuchado, con las realidades crudas enfrentadas por los mexicanos como temas, la reacción no es de rechazo, sino de curiosidad. Dos de mis obras traducidas del español al inglés han formado parte de dos de los principales festivales de teatro independientes en Vancouver, y otra más está en proceso de descanso porque, justo cuando iba a empezar a montarse, se atravesó la pandemia.

Espero en un futuro muy próximo puedan ser más las obras mexicanas montadas en Canadá, pues además de mostrar la calidad dramática que es posible encontrar en el país, montarlas servirá de recordatorio del gran avance de la dramaturgia nacional en los últimos cien años. De ser una cultura que solo montaba obras extranjeras traídas por empresas españolas, pasando por la influencia francesa del periodo del porfiriato, hasta las obras quebequenses montadas desde hace veinte años en México gracias a la labor de personajes como Boris Schoemann, la traducción teatral siempre ha ido a la par del progreso de la dramaturgia mexicana, pero es necesario empezar a hablar de ello para que la gente lo sepa. Incluso en el área teatral, rara vez se habla de traducciones porque todo lo considerado teórico suele ser relegado a un segundo plano, pero cabe recordar: sin todos esos textos de autores extranjeros, sin todas esas teorías, la dramaturgia sería otra. Es cuando podemos ver hacia fuera que lo local cobra otro sentido y hasta sirve para afianzar la identidad mexicana, y eso me parece digno de rescatar.

El mundo cambia rápidamente, nos enfrentamos a realidades virtuales que no creímos ver tan pronto como la pandemia

empezó y nos forzó a adaptarnos, pero la experiencia humana, esa irremplazable cercanía dada por el teatro, seguirá cuando las cosas estén un poco más ordenadas. Y es ahí cuando espero seguir traduciendo obras para que otras personas conozcan un poco más allá de su propia realidad, pues saber que todos tenemos historias dignas de ser contadas genera empatía, solidaridad. La vida en Canadá, como en cualquier país con una historia joven y con alta aceptación de migrantes cada año, refleja el cambio también sentido por quienes lo habitamos: hasta el año pasado, no existía una asociación de artistas teatrales latinos en Canadá. Hoy ya es una realidad de la cual me alegro ser parte, al haber participado y convivido con decenas de creadores de distintos lugares de Canadá con la búsqueda en común de afianzar eso que nos distingue, nuestro origen, lo cual tiene mucho por ofrecer a quienes estén dispuestos a escucharnos.

La próxima vez que leas una obra traducida, espero te acuerdes de mí y trates de imaginar, ¿qué habrías cambiado tú a la traducción, para hacerla sentir más cercana a su público o lector? Cuanto más se haga este ejercicio, más interesante será pensar en las posibilidades de la traducción teatral, y tal vez, buscarás incluir el nombre del traductor en tu próxima producción. ¡Ese sería el sueño hecho realidad! Al final, cada una de las personas que hacen una obra posible merecen esa cortesía, y es importante reconocer la labor especial realizada por los traductores junto al resto del equipo.

¿Cómo llevar obras de teatro mexicanas a un contexto completamente distinto, en Canadá? Hace unos 5 años, cuando cursaba una de mis primeras asignaturas del doctorado en Teatro en University of British Columbia en Vancouver, esa pregunta se cruzó por mi mente y se instaló ahí hasta que decidí indagar más al respecto. Conforme conocí más de la traducción teatral, me di cuenta de su complejidad y, a la vez, de lo invisible que esa área siempre ha sido. Pongámoslo así: Desde el comienzo de la carrera de teatro, hasta salir y trabajar profesionalmente en el área, las traducciones literarias permiten un primer encuentro con perspectivas distintas —tanto académicas como dramáticas—; pero al llegar a un escenario, esas palabras traducidas necesitan de todo un conjunto de interpretaciones a nivel escénico para que ese contexto foráneo cobre sentido para la audiencia, muchas veces, sin conocer el contexto del cual surgió. Ahí está la complejidad de la traducción para la escena: en que para ti y para mí es sencillo saber, por ejemplo, qué es un quince años. ¿Cómo no conocer esa tradición mexicana cuando las adolescentes cumplen quince? Pero cuando debes presentar una obra donde se habla de eso, para un grupo de personas que no tienen ni la más remota idea de cómo es dicha celebración, eso que solemos asociar con magia y nos permite el teatro, saca a relucir todas las posibilidades para dar contexto: el escenario se puede transformar en una pista de baile, las pantallas pueden servir para mostrar imágenes del pastel de 5 pisos, los actores se vuelven los chambelanes, el vestuario refleja el colorido vestido, y entonces sí: lo foráneo adquiere un lenguaje escénico entendible.

Gracias a ese entendimiento el teatro ha cruzado fronteras desde hace cientos de años. Si pensamos en las obras de Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Henrik Ibsen, Luigi Pirandello, Dario Fo, Tennessee Williams, Samuel Beckett, Caryl Churchill, Wajdi Mouawad, Lucy Prebble, Bola Agbaje, y en tantas obras extranjeras más, es probable que pensemos en su texto leído en español, no necesariamente en sus idiomas de origen. Es aún más probable no saber quién las tradujo, porque el traductor generalmente es considerado como un fantasma: se sabe que alguien lo hizo, que alguien eligió unas palabras y no otras, pero no se le reconoce. Sin embargo, el área de la traducción teatral ha ido adquiriendo un poco más de fuerza en los años recientes porque el mundo desea consumir historias nuevas, perspectivas de cosas en las cuales tal vez jamás habíamos pensado porque no son nuestras realidades, pero eso sí, finalmente son experiencias que reflejan la humanidad compartida por todos. Ahí es donde entra mi trabajo realizado en los últimos 4 años, el cual básicamente es buscar obras que me apasionen, tanto mexicanas como canadienses y de otros países, y encontrar la manera de producirlas, ya sea en México o en Canadá. Además, en este tiempo he ido creando mi catálogo personal de traducciones de obras contemporáneas de autoras y autores de México al inglés, con el objetivo de poder montarlas en Canadá en un futuro. El camino no es sencillo y eso se debe a que, como frecuentemente